

EN COMUNIÓN CON CRISTO, UNIDOS AL PADRE Y A LOS HERMANOS

Dejemos que el corazón de Cristo hable en nuestro corazón...

Don Manuel González, en su libro *Lo que puede un cura de hoy*, a un hipotético sacerdote joven que llega a su parroquia y se pregunta por dónde tirar y qué hacer, le aconseja que hable con todo el mundo, es decir lo que el llamaba una “predicación callejera”. Hay que decir que no era algo nuevo, porque san Felipe Neri, allá en el siglo XVI, en Roma, ya lo había puesto en práctica; repasando la historia de estas dos figuras de la Iglesia, podemos encontrar bastantes puntos de semejanza. Y ese consejo, pienso yo, es muy válido para cada uno de nosotros. Es mucha la gente que hoy, por el motivo que sea: indiferencia, pasotismo... está muy lejos de la Iglesia. Don Manuel decía: “más lejos que los antípodas, más lejos que la luna y el sol, y si entre criaturas limitadas pudieran mediar distancias infinitas, infinitamente distante de nosotros”. Así, si hemos de dejar que la Palabra resuene en el silencio, no podemos quedarnos en una simple lamentación del realismo que nos rodea, sino que debemos ver en esa realidad un resorte que nos empuje al apostolado.

Todos somos Iglesia, formamos parte del Cuerpo místico de Cristo. ¿Vamos a tirar piedras sobre nuestro propio tejado? O contra nosotros mismos? Quizás todavía no nos acabamos de creer que la Iglesia somos todos, porque nos encontramos en aquella situación de la samaritana a la que Jesús le dijo: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva”. O bien porque tampoco acabamos de identificarnos con Él, que sí se identifica con los más necesitados y los pequeños: “Cada vez que hicisteis una de esas obras de misericordia con uno de éstos mis humildes hermanos, conmigo la hicisteis”; o en negativo: “cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo”.

Profundizando en nuestra conciencia de ser parte del Cristo total, tenemos que empezar ya a dar testimonio de lo que somos ante la realidad de este siglo XXI que justo acabamos de empezar. Pobres siempre tendréis con vosotros, decía Jesús; pero, los pobres, los desgraciados, los ancianos, los niños... explotados o abandonados, ¿cómo pueden encontrar en nosotros a Cristo, Salvador, Redentor, Hijo de Dios, Amor encarnado? La verdad es que las cosas no han cambiado mucho, a pesar de pasado tanto tiempo, entre el tiempo de Jesús, de San Felipe Neri, de Don Manuel o el nuestro.

Don Manuel tenía clavada en su corazón esa espina de un Sagrario abandonado, olvidado, despreciado; pero, su corazón estaba encendido del Amor que de él se desprendía y que le daba fuerza y energía para hacer crecer más y más ese amor a Dios y a los hombres, de manera particular a los más pobres. El Obispo del Sagrario abandonado, como le vinieron a llamar, desde Cristo Eucaristía, como centro, hizo que sus iniciativas apostólicas, acrecentando la responsabilidad de los laicos y fomentando en todos la conciencia de la dimensión comunitaria de la Iglesia, se transformaran en una desbordante actividad de apostolado social. Sí, no era cuestión de quedarse llorando ante el Sagrario abandonado, sino que el amor reparador debía llegar al Cristo encarnado en los más pobres. Hay que poner en práctica aquellas palabras que Jesús una vez dirigió a sus discípulos, cuando apiadándose, teniendo misericordia, de la mucha gente que le seguía, les dijo: “dadles vosotros de comer”. No se entiende una adhesión a Cristo que no implique un compromiso con los pobres. La distribución del Pan en la mesa eucarística nos ha de llevar a la distribución del pan en las mesas de los pobres. Porque, a pesar de que en los contenedores se encuentran muchos mendrugos de pan, por no decir más comida, son muchos los que no sólo tienen hambre de pan, sino de muchas otras cosas que valen más que el pan: de verdad, de cariño, de bienestar, de

justicia, de Dios. Jesús, después de hartar de pan al pueblo con un milagro, lo prepara para anunciar el pan que da vida eterna.

Alimentados con Cristo, Pan de vida, Palabra de Dios encarnada, en comunión (que quiere decir unión con) con Él, haciendo que el ritmo de nuestra vida se plasme y se adecue cada vez más al ritmo y a los tiempos del año litúrgico, procuremos que nuestro tiempo ordinario se convierta en extraordinario para que en nuestra vida, a menudo agitada y frenética, sepamos perder el tiempo, no sólo ante el Sagrario intentando escuchar la voluntad de Dios, sino siendo apóstoles de lo social, como decía Don Manuel, dando de comer a los hambrientos, de beber a los sedientos, acogiendo a los forasteros, vistiendo a los desnudos, visitando a los enfermos o a los presos, es decir poniendo en práctica el mandamiento nuevo.

Y, por qué no? No sólo siendo misioneros del Evangelio, portadores del mensaje que Jesús nos legó, sino no olvidando nuestra misión de profetas, denunciando las injusticias en éste nuestro mundo tan lleno de ellas.

Y aún, si, como pensaba Don Manuel, en el trasfondo de toda injusticia, de todo mal, de todo abuso, se halla la ignorancia, valdría la pena pensar en la formación no tanto de niños y jóvenes, como en la formación permanente de cada uno de nosotros. Porque sin formación no hay renovación, ni evangelización, ni recreación de carismas. La formación ha de ser algo que acompaña la vida en su caminar, en cada uno de sus instantes. La formación es vivir el tiempo y respirar. Porque quién respira vive. Por eso me atrevo a decir que es muy diferente leer y hacer vida de los documentos del concilio Vaticano II que leerlos y estudiarlos como un hecho ya histórico del pasado como se puede hacer con los documentos fruto de los concilios de Trento, de Nicea o Calcedonia, por decir algunos.

Así pues, repitiéndome, hay que: vivir y respirar al ritmo de nuestro tiempo, teniendo presentes las necesidades actuales, ahora que ya estamos metidos en nuevas formas de vida social, ahora que ya la modernidad se ha hundido, en este tiempo de transición, siempre en tensión con todo lo que es y representa la institución, que, por cierto, parece provocar cierta alergia que desemboca en la indiferencia o el alejamiento, al querer separar el cuerpo de la cabeza (porque, cómo se pueden separar Cristo y la Iglesia?); vivir y respirar lo que nos es propio, bien fundamentados en la oración. Nosotros, Iglesia, cuerpo de Cristo, desde los orígenes, cuando los apóstoles, el día de Pentecostés recibieron el Espíritu prometido, estaban reunidos en un mismo lugar, dedicados a la oración, estamos formados y fundados en la vida de oración. Y es el mismo Espíritu Santo quién recuerda Cristo a la Iglesia orante y la conduce a la verdad entera, suscitando nuevas formulaciones que expresan el insondable misterio de Cristo actuando en la vida, los sacramentos y su misión.

Ese recuerdo nos lleva a agradecer y vivir la misma reparación que Cristo nos ganó en la cruz. Y su sacrificio en la cruz fue perpetuada por Él mismo cuando estableció el sacrificio eucarístico, dejándonos, a nosotros, su Iglesia, el memorial de su muerte y de su resurrección; sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete Pascual, en el que recibimos a Cristo mismo. Unidos a Él, en comunión con Él, transformados en aquello que comulgamos, significamos y realizamos la comunión de vida con Dios y la unidad del Pueblo, por las que la Iglesia es ella misma. “En la Eucaristía se encuentra, al mismo tiempo, la plenitud de la acción con qué Dios, en el Cristo, santifica el mundo, y del culto con que los hombres, en el Espíritu Santo, retiene a Cristo y, por Él, al Padre” (*Eucharisticum mysterium*, n. 6).

Pero, fijémonos en una cosa curiosa, que incluso puede dar explicación, no justificación, a muchas posturas ante la Eucaristía hoy: El primer anuncio de la Eucaristía dividió a los discípulos, lo mismo que les escandalizó el anuncio de la pasión:

“Es difícil, este lenguaje! Quién es capaz de entenderlo?” (*Jn 6, 60*). La Eucaristía y la cruz son piedras en las que se tropieza. Es el mismo misterio, y continúa siendo causa de división. “Vosotros también os queréis ir?” (*Jn 6, 67*): sí, esa pregunta del Señor sigue resonando a través de los tiempos, invitación de su amor a descubrir que sólo Él posee “palabras de vida eterna” (*Jn 6, 68*) e invitación a darnos cuenta que acoger en la fe el don de su Eucaristía, es acogerlo a Él mismo que reparó nuestra culpas.

El Señor, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin. Sabiendo que había llegado la hora de salir de este mundo para volver al Padre, mientras cenaban, les lavó los pies y les dio el mandamiento nuevo, del que en cierta manera ya hemos hablado al decir que no lo podemos separar de la vida en nuestro mundo y del sacramento, memorial de la pasión y resurrección. Como signo de ese amor, salvación de Dios, para no alejarse nunca de los suyos y hacerles partícipes de su Pascua, instituyó la Eucaristía y mandó a sus discípulos celebrarla hasta que Él vuelva. Y desde entonces hasta hoy se ha perpetuado, de manera que la podemos encontrar en todo el mundo en la Iglesia, siendo el centro de su vida. Y la Iglesia, con el tiempo, profundizando su fe en la presencia real de Cristo en el Sacramento, adquirió conciencia del sentido de adoración silenciosa del Señor presente bajo las especies eucarísticas. “La visita al Santísimo Sacramento es una prueba de gratitud, un signo de amor y un deber de adoración hacia Cristo, Señor nuestro” (*Mysterium fidei*). Cristo que abandonó a los suyos en su forma visible, nos dejó su presencia sacramental para que recordáramos el amor con que nos amó, amor que continúa expresando y comunicando a todos los hombres a través de nosotros su Iglesia.

Volviendo, pues, al principio, la Iglesia y el mundo, hoy, tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en ese sacramento de amor. No ahorremos tiempo para ir a su encuentro en la adoración, en la contemplación plena de fe y abierta a reparar las faltas y los delitos de este mundo.

Que nuestra adoración no cese nunca. Así en la comunión: acrecentemos nuestra unión con Él; apartémonos de todo lo que no nos deja responder a su amor; tomemos conciencia de que somos Iglesia; reconozcamos su presencia en los otros, sobretodo en los más necesitados; busquemos la unidad, en nosotros y con los otros. Porque la unión con Cristo, a la que se ordena el mismo sacramento, ha de extenderse a toda la vida cristiana, de modo que, contemplando asiduamente en la fe el don recibido, y guiados por el Espíritu Santo, vivamos nuestra vida ordinaria en acción de gracias y produzcamos frutos más abundantes de caridad (*Ritual de la sagrada comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la misa*, n. 25). Procuremos que nuestra vida discurra con alegría, característica propia del que se siente amado, procurando hacer buenas obras, agradando a Dios, trabajando por impregnar al mundo del espíritu cristiano y siendo testigos de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana (*Ritual de la sagrada...*, n. 81), ya que, como decía san Pablo, es Cristo quién vive en mí.

La Eucaristía realiza y actualiza la unión de todos en Cristo y entre sí, como Iglesia, Cuerpo de Cristo, y aumenta en nosotros los sentimientos de fraternidad y amor al prójimo. Sí, nos une corporalmente a Cristo y, a través de él, nos conduce al Padre y a nuestros hermanos los hombres.

La Eucaristía tiene en cuenta también nuestra implicación en el mundo, nuestro ser y vivir con los otros y con las cosas. Acoge en la salvación al mundo. Y elementos materiales de primera necesidad se convierten en signos manifestativos de Cristo, en medios de salvación. La redención entera consiste no en una extinción, sino en una glorificación del mundo. La Eucaristía nos ayuda a realizar auténticamente nuestra existencia, entendiendo por existencia propia como “algo que nos es dado”. Por eso la activa participación en la Eucaristía es auténtica y verdadera realización de la

existencia. En la Eucaristía se nos manifiesta la ley fundamental de todo ser: su origen y destino en Dios.

La Eucaristía se muestra así como suma del cristianismo. Continúa siendo un misterio, cuya plenitud y riqueza son insondables. Misterio que se nos manifestará en la medida en que escuchemos con fidelidad, reflexionemos con perseverancia y participemos de forma activa.

Para acabar, sólo recordar que tenemos un buen ejemplo a seguir en lo que estoy diciendo. María, no sólo escuchando, sino haciéndola suya, dejando que la Palabra se encarnase en ella, perseveró y participó activamente en la obra redentora del Hijo, convirtiéndose, precisamente, en Madre de la humanidad al comulgar con el sacrificio de la cruz.

Que ella, Madre de la Iglesia, continúe la ofrenda permanente del amor del Padre, encarnado en el Hijo por el Espíritu Santo, para que nosotros, sus hijos, inflamados por el amor del Espíritu y ayudados por su maternal, participando del misterio del Hijo, sepamos manifestar a los hombres, nuestros hermanos, el verdadero rostro del Padre.

P. Ferran Colás Peiró, C.O.